

EL MUNDO

Lunes, 29 de diciembre de 2003. Año XV. Número: 5.135.

OPINION

TRIBUNA LIBRE

Un juicio en Irak para Sadam Husein

FREDERICK FORSYTH

Fue Winston Churchill, con su habitual sagacidad, el primero en comprender perfectamente cómo había que castigar determinados crímenes. En 1945 recomendó que los nazis que habían cometido monstruosidades cuando administraban territorios ocupados o campos de concentración fueran entregados a esos mismos lugares para ser juzgados allí por sus actos.

A veces se supone que los juicios de crímenes de guerra nazis se limitaron a los juicios de Nuremberg. Nada más lejos de la realidad. Cientos de bestias fueron entregadas a los lugares donde practicaron su sadismo, y allí fueron juzgados y ahorcados. Esto incluyó a todo el este europeo con la excepción de la Unión Soviética de Stalin y de aquellos países de Europa Occidental que habían sido ocupados.

Los cinéfilos se acordarán de la película La lista de Schindler y del odioso comandante del campo de concentración, Amon Goeth. Era un personaje real. Cuando fue capturado por las tropas aliadas fue entregado a los polacos y ahorcado como merecía.

Al considerar el destino del tirano recién capturado, Sadam Husein, varios expertos han propuesto un tribunal exclusivamente estadounidense, el Tribunal Internacional para los Crímenes de Guerra de La Haya o un juicio dentro de Irak llevado a cabo por los iraquíes. La historia es rica en precedentes de la aplicación de la tercera propuesta, mientras que las dos primeras plantean serios inconvenientes.

Un juicio llevado a cabo exclusivamente por un tribunal estadounidense caería en una de estas dos trampas: la primera es que un tribunal penal normal podría convertirse fácilmente en un circo para los medios de comunicación, con la acusación y la defensa citando a cientos de testigos para montar un lío ante las cámaras, y la segunda es que el proceso de apelación normal se podría prolongar durante años y años.

Un tribunal militar estadounidense, tanto en un campamento militar en Irak al estilo de Fort Knox [centro de formación y entrenamiento del ejército estadounidense], o en un acantonamiento mantenido en una isla remota,

parecería a todas luces una venganza del vencedor que se ganaría la antipatía, no sólo de los iraquíes, sino de todo el mundo árabe, y conduciría fácilmente a la transformación de Sadam en un mártir para decenas de millones de musulmanes.

Un juicio en La Haya apenas resultaría mejor. Al parecer, el juicio del ex abogado Slobodan Milosevic se ha convertido en una farsa, mareando sin cesar a los abogados de la acusación enredándolos en el procedimiento legal y defendiéndose a sí mismo. Un as en leyes como la estrella de los palacios de justicia franceses, Jacques Verges, podría alargar el proceso durante años. Han pasado dos años desde que cayó Milosevic ¿quién se acuerda ahora de la masacre repugnante de unos 7.000 civiles en Srebrenica?

Es más, Europa no consentirá la ejecución, pero parece muy poco probable que los padres afligidos por todos los soldados británicos y estadounidenses fallecidos, o los parientes iraquíes de los 300.000 civiles asesinados en Irak durante el largo dominio de Sadam, se dieran por satisfechos con un castigo inferior al de la pena de muerte.

«Justicia aplazada es justicia denegada», reza el adagio. Sobre lo cual hay mucho que decir. La justicia no debería ser arbitraria o inmediata, ya que se convertiría en crueldad o venganza, lo que llevan a cabo los tiranos o los gánsteres a modo de justicia

Pero tampoco hay necesidad de alargar la justicia durante años. Esta debe ser justa, merecida y rápida, lo cual anima a seguir la recomendación de Churchill y a permitir a los iraquíes que lleven a cabo su propia justicia. Ellos han sido las víctimas principales y los miembros del partido Baaz de Sadam los únicos causantes del daño.

¿Entonces dónde están los precedentes después de la Segunda Guerra Mundial? El asesino de masas de Uganda, Idi Amin Dada, fue derrocado con la ayuda de las tropas de Tanzania y habría acabado en la horca si lo hubieran entregado a sus compatriotas. Curiosamente, Libia y Arabia Saudí fueron los países que le dieron asilo. Muchos creen que los familiares de sus numerosas víctimas ugandesas deberían haber contado con una justicia digna.

Bokassa, emperador sui generis de la República Centroafricana, medio loco y tirano manchado de sangre, fue derrocado por un golpe de Estado apoyado por el Gobierno francés mientras estaba en el extranjero. Más tarde regresó a Bangui por medio de un acuerdo secreto, fue juzgado, sentenciado de por vida a vivir recluido en soledad, amnistiado y, al final, murió de un ataque al corazón.

El igualmente salvaje Francisco Macías Nguema, de Guinea Ecuatorial, fue destituido por un golpe de Estado interno, juzgado en público en su propia capital, sentenciado y ejecutado a garrote vil. No hubo ningún apoyo del

extranjero.

Finalmente, Nicolae Ceausescu, de Rumanía, quien había perseguido a su propio pueblo durante años, fue derribado por un alzamiento popular instigado por el ejército. Huyó y se escondió, fue descubierto, arrestado, juzgado, sentenciado y ejecutado por un pelotón de fusilamiento rumano.

El Irak post-Sadam todavía no cuenta con un gobierno soberano pero ya tiene un Tribunal para Crímenes de Guerra. Dado que Sadam era un oficial militar (aunque a su manera), un consejo de guerra podría ciertamente tener jurisdicción.

¿Podría haber oficiales militares sin implicación en crímenes de guerra y crímenes contra la Humanidad que tuvieran el valor de cumplir con su deber? Es difícil admitir que todos los iraquíes que han servido en el ejército de tierra, del aire y en la armada son culpables o cobardes.

Seguramente un oficial chiíta, uno kurdo y uno suní, con un veredicto aprobado por mayoría, declararían culpable al tirano y le aplicarían la pena de muerte que él impuso a cientos de miles de inocentes. La justicia debería seguir su curso en Irak, por iraquíes y sin demora.

Frederick Forsyth es novelista. Acaba de publicar recientemente El Vengador.